

“Busco materia de alabanza en todo, también en lo peor”.

CHRISTIAN BOBIN



ALGUIEN da la luz dentro de mí, cuando miro a mi madre. Cómo llena el vaso en la cocina. El agua parece más clara de lo normal cuando es ella quien me la ofrece. Mientras charlamos coloca los platos, atiende el teléfono, aparta de la vitrocerámica la cafetera. Estuve en esos brazos hace más de tres décadas, pero no lo recuerdo. Es el único momento más importante de mi vida que no recordaré nunca. Al menos no como una fotografía, igual que se recuerda un beso. Esta mañana disimulo mis ganas de arrojarme a ellos. Intento ser un hombre; aunque el miedo no haya disminuido, ni la necesidad de ser cuidado. Mamá, quisiera decirle, hace tantos años que vivo cayéndome de tus brazos. Toda mi vida no es más que la nostalgia de ese momento prehistórico donde comía de tu sonrisa y escuchaba el aire entrando en ti como la luz en un bosque boreal. Cómo pude acostumbrarme al mundo que hay después de tu respiración. Somos náufragos después del nacimiento, esa es la verdad. Nos pasamos la vida buscando a alguien al otro lado de nuestro llanto, es-

perando que un rostro se acerque a nuestra pesadilla. Mi madre extiende un mantel, se suena la nariz, derrama el café en las tazas. Sus brazos hiperactivos ya no sostienen vidas, ya no caben entre sus límites sus cinco hijos. Hoy acunan el desastre y abrazan todo el dolor del mundo. Mamá, quisiera decirle. Soy yo quien va a acunarte ahora. Voy a acostarte en una cuna tan blanca como una cumbre tibetana, tamaño din A4. Porque también las madres tienen pesadillas y los hijos les cantan nanas, se acercan a sus cuartos para que no lloren.

Un dedo en la mejilla, desapareciendo una lágrima: quiero escribir así, como se enjuga el llanto.

Mi madre es un instante con mucha luz un día de tormenta. Cuando la miro, dejo de estar a oscuras.